

# El aire enrarecido

Carlos Covarrubias

Ciudad Abierta, enero 1990

el aire enrarecido  
tantas albas  
la pupila inerte  
una suavidad inhumana cubre los encuentros

la cifra arrumbada en la litera  
los hijos llevando los signos en la risa

el rubor de antaño  
solo desde el arbitrio  
el cuarto  
personificado con tanta exactitud  
el grito autónomo de los salvajes

el arrojó  
cuantas veces cruel en la danza

el resto entumecido del día  
largo y casual  
en el labio

jóvenes mintiendo en la ola  
la memoria elige

las luces alternas del sigilo  
o  
la migaja casual sobre la sábana

cada día  
luego de la cimbra  
órganos distintos  
hacia el imperio

el afecto a aquel vestigio  
corregido en el pacto

brumas dispares  
atrapadas en la vista  
contar exige los perdones  
la amable distancia de los dedos

desde la espuma  
un quiebre reanuda el instinto  
ambos términos hacia la fuga  
entre portales  
ahora

extranjera  
sostenía el acierto  
la tribuna llena apagada en el mármol  
la década en la fama

el púrpura  
o el primer tacto  
la noche desde la reja

ella verifica la premura en el ropaje  
el desprendido patente de toda bahía  
la mano alerta en lo ajeno

las razas del hambre  
la prisa semejante a la partida  
el índice gradúa la cita  
la insensatez cardinal de las auroras

el precio del encargo  
las niñas junto al fuego  
los cerrojos

el polvo justo del uso  
anuncia la calzada  
la liviandad parecida del agua  
aquella adolescencia tras la escritura

por el atrio  
tolerando insípida la penumbra ficticia del mediodía  
la lengua del parto  
la niñez cambiante bajo el párpado  
la pequeña ligereza continuando el fraude  
hasta la ventana

atentos a cualquier coincidencia  
laboriosos  
murmuraban la palabra  
esperando las lluvias esos antiguos

una cierta confianza en el espejo  
la ley de las cejas  
paradojal en los humores

la apariencia  
calibrada dos veces en el vello

la comba distante de la barca  
la auténtica astucia de la persona  
todo rostro  
sin artes matinales

el escozor del sonido  
las aves  
el vapor lúdico cuidado del embrujo

no más planes  
la hembra cuajada de dioses  
la gota  
la pausa de sus voluntades

pacífica  
consumaba sus pérdidas  
acaso ya  
de siempre dormida  
en las ciénagas imaginarias del paseo

la latitud  
graciosa en las selvas

la premura desandada  
expresa en el recodo

todos los paisajes  
igualábanse sin la menor benevolencia  
dejando correr las horas a su manera

el ardid destinado al mimetismo  
o la figura de un pensamiento necesario

uno mismo carcome la pericia entre ritos  
argumental hasta la herida  
cual visión

la bella verificación  
esta renuncia arraigada en la pilastra

las garzas  
añadiendo ojos cambiantes a los datos  
los abandonos rigen la carne  
la cadencia en la calle

el modelo ciego  
el alma cúbica deshecha a lo largo  
oral cerca al pergamino

al abrigo del juicio  
tonos puros y virtuales en la tolerancia  
ayer

la equidad alterna  
la puerta  
la asimetría encarnada

método de transparencias  
por el acto alguien deja su sitio  
las palpitaciones súbitas

tal continuidad

brevísima interrumpía la marcha  
los bordes aptos del puente  
el estambre  
luego la mira compondría la distancia

Habría quien hubiera querido verte transeúnte  
celebrando la nostalgia en la página  
la pereza bajo la rama  
el dorso arcaico y

Al descender por su extranjería  
aquel pabellón

la pertenencia tan cerca  
que pendiente

la madre idéntica  
al arraigo  
tu antebrazo todavía desnudo  
más veloz  
en la bruma o en la hoja casual

la imagen dispersa en las partituras  
podría ser la risa  
porque ya era tarde  
la guía

la cumbre entresacada del prado  
aquel tacto listo del mendigo  
la cimbrante cortesía de todo ruedo

y la rampla escurre bajo la fusta

entre castas  
vacilantes en la arcada

